



Rev. de ARBOS, N.º Mercurio, Suplem. 24-04-1999 Pág. 4 AAT-4095

El Apasionado Acto de Mirar

Los Últimos Díaz del Milenio

Jorge Díaz. Prólogo de Carolina Oyarzún. RIL Editores. Santiago, 1999. 216 páginas.

por Mario Valdovinos

DESDE los ya remotos años sesenta Jorge Díaz viene desconviniendo una dramaturgia, dentro del teatro infantil y adulto, que alcanza en número los años del siglo a punto de desbarajustarse: tanta fecundidad ha merecido premios y reconocimientos nacionales e internacionales. Tampoco descuida la costanza y práctica del noble arte y, con el mismo entusiasmo, es decir, lo propio de quien "está inspirado por la divinidad", escribe manuales de divulgación para escolares de todos los niveles y edades. En este empeño lo acompaña la editorial RIL, a cargo de buena parte de su producción en los últimos años.

Su último texto incluye siete piezas dramáticas elaboradas desde 1994 a la fecha, cuando se reinstaló en Chile tras décadas de exilio, transitorios y éxodos de un continente a otro. La sombra de la dramaturgia de Díaz es parte del imaginario del espectador teatral y aun del estudiante: no demasiado interesado en los fantasmas del drama. Resulta difícil durante la vida escolar no haber asistido a la representación, o todavía más, haber participado en el montaje de «La mala noche buena de don Escateta», de «Scrappo y Ymbuena», o, de adolescencia, haber sido parte del elenco de «El copito de diéresis» o quizás de «El velero en la botella»; tal vez haber montado «El locutorio» o presenciado con todo el curso «Ligeros de equipaje» y «Oscuro vuelo compartido».

El autor ha acumulado una pasión desbordante sobre el acto de mirar su entorno, su propio interior y el estado de las relaciones interpersonales. Cada vez, a uno y otro lado de los exilios, volvió a casa a planear todo cuanto lo circundaba en palabras e imágenes, dispuesto a hacerlas vivir en el espacio teatralmente que alcanza la humana condición sobre un escenario. En *Los últimos Díaz del milenio* exhibe sus registros más señalados: el realismo, el absurdo, el grotesco, la comedia negra y la sátira, en medio de propuestas teatrales sustentadas sobre diversos lenguajes, códigos estéticos y propuestas de montaje, en su mayor parte de acceso posible para los grupos que, como es tradicional, vienen fuera del canonario el drama real de la supervivencia, la cotidianidad y el floreciente desapego de la cultura chilena, más inclinada a consignar lo probado fuera que lo que intenta despegar dentro.

En «La mariposa de la luz» plantea la intensidad de los lazos de familia en medio de una situación



trágica: el padre agoniza tras esperar por parte de su hijo Serafin un niño a quien dejar como herencia la casa en que vive. Pero éste ha vivido cegado por los discursos paternalistas sobre el proletariado, sin poder cederle nada, excepto cuentos críticos retrospectivos con su profesora de la escuela primaria, la señorita Violeta; ella aparece en escena desde un repeto, al igual que la madre, quien abandonó el

hogar hace una década, huida de alimentarse con sus ocho hijos —en circunstancias que Serafin cree ser hijo único— de «serpa de utopías». La aparición de un personaje de nombre «Pascariño» aumenta las culpas y los actos fallidos hasta el delirio, transformando la existencia doméstica en algo fríasaliente e incoherente, como el deseo de ver morir, o matar, cuanto antes al padre para quedarse con la casa.

Texto Escogido

EL.- ¡Fecundo, culpa, acortamiento, acortamiento... ese es el orden... sólo que a veces no es tan sencillo.

CURA.- Perdóname, no quiero ser brusco con usted, pero no tengo tiempo para discusiones teológicas. Si quiere confesarse, hágalo.

EL.- Lo estoy haciendo.

CURA.- No, no lo está haciendo. Si tiene algo sobre la conciencia, dígame. Se sentirá mejor.

EL.- Para usted es la rutina, ¿verdad?... Hay un poco de imaginación para pensar, ¿Qué le puedo decir de nuevo, algo que lo sorprenda?... Nada... Padre, he cometido adulterio... Padre, soy exhibicionista... porque, seguramente, usted espera algo sexual, siempre ustedes esperan eso. Incluso, es posible, que eso lo perturbe un poco.

CURA.- (Friso) No espero nada y no me perturba

en absoluto.

EL.- Si yo le confesara algo así, usted desampolzaría sus penitencias y penurias. Por lo menos ha sido menos aburrido que las beatas de los vienes que se acusan de malos pensamientos.

CURA.- (Seco) ¿Qué ha hecho?

EL.- Supongo que algo terrible, de otra manera no me sentiría así.

CURA.- ¿Y cómo se siente?

EL.- Satisfo.

CURA.- Eso suena muy literario. Por favor, sea más concreto.

EL.- A lo mejor no es más que un cuento de terror que me he inventado.

(De *La mirada oscura*)

En «La mirada oscura» asedia el tema del exilio y la imposibilidad de recuperar los actos del pasado. En medio de una atmósfera dramática realista introduce los entornos de sus personajes que naufragan en un tiempo que los avasalló a todos, los demasiado viejos que ya no pueden volver, Bengoso de 72 años, y Camila, la adolescente de diecisiete que no desea irse a Chile. «Bengoso habla de los rollos de la guerra civil y de las nostalgias revolucionarias de pupi» / «Me puse son treinta metros cuadrados desde que me casetera y un colchón», dice a su abuelo y a su progenitor. El reticulado de las diversas escenas lo marca la intervención de la música, de uso muy expresivo en el teatro de Díaz.

Nos parece «La mirada oscura» la pieza teatral de mayor alcance dramático del volumen, por lo menos para esa atmósfera que cada lector hace en su intimidad: un cura apóstata, porque se casó con una joven, dejándola embarazada y ésta terminó suicidándose, está inhabilitado por su congregación para administrar sacramentos; recibe, así, sin más, la visita de un médico que desea confesar su participación en la tortura dentro de un régimen político autoritario. Ambos están amenazados por la muerte, el sacerdote porque ya no cree en ninguna confesión ni absolución, y el doctor porque está aquejado de una enfermedad incurable que a corto plazo lo transformará en parálisis y vegetal. Es una obra crispada, donde los elementos dramáticos están planeados con un grado de subterfugio paradigmático. La violencia, el intercambio de roles de penitente a verdugo y de ángel caído a victimario son constantes y reversibles. De la expiación saltan a la complejidad, hasta desembocar en un desenlace de estruendo.

Cierra el volumen «La Dionisia», en torno a la octogenaria Dionisia, desmentada y sola en su aula repretado por montajes represivos e insatisfacción. Allí se confunden el erotismo, el olvido, la decrepitud y los impulsos místicos compuestos a través del diálogo con los espectros que aparecen en el espejo. En la obra se pone de manifiesto otra de las obsesiones del dramaturgo: el cuerpo y su inserción en una temporalidad tan devastadora como desprovista de sentido: «Devuélvame mi cuerpo. ¡Es mío, no es un objeto que puedan colocar donde quieran!», grita Dionisia a las monjas de la Casa del Cuerpo Divino, donde está recluida. Sin embargo, el desenlace provee a la pieza de un hito de vitalidad. También en «La mirada oscura» Bengoso dice, refiriéndose al «préstamo de buenos» que nos constituye: «El cuerpo, el tripe, el esqueleto, toda esta carga de mierda que tenemos que arrastrar».

El volumen *Los últimos Díaz del milenio* le da los buenos días al próximo siglo.

El apasionado acto de mirar [artículo] Mario Valdovinos.

Libros y documentos

AUTORÍA

Valdovinos, Mario

FECHA DE PUBLICACIÓN

1999

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El apasionado acto de mirar [artículo] Mario Valdovinos. il.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile